

EDITORIAL

Se acerca la conmemoración del Trigésimo Aniversario de la Sociedad Chilena de Arqueología. Como este evento está pensado como unas jornadas de reflexión testimonial sobre la disciplina, quizás sea útil ir lanzando al tapete algunos temas. En tal sentido, es interesante recordar en este Editorial algunos de los tópicos discutidos en el I Coloquio en Torno a la Arqueología Chilena, celebrado los días 24, 25 y 26 de julio de 1992 en Viña del Mar, bajo la organización de Jorge Silva y el patrocinio del Instituto de Estudios Humanísticos de la Universidad de Valparaíso. Asistieron a esa reunión Carlos Aldunate, Jorge Hidalgo, Donald Jackson, Leonardo León, Julio Montané, Lautaro Núñez, Rubén Stehberg y este editor (excusaron su asistencia Fernanda Falabella y Virgilio Schiappacasse).

Se analizaron cinco amplios temas: historia de la investigación arqueológica, la práctica de la arqueología, relaciones transdisciplinarias, formación universitaria y la arqueología en el mundo externo. Las limitaciones de espacio no permiten tratar en detalle todo lo discutido en la reunión. Limitaciones de tiempo, por otra parte, impidieron que todos los asistentes revisaran y dieran su conformidad a este texto.

Con respecto al primero de los temas, se generó una interesante conversación sobre el contexto de origen de la generación del 60, que, a juicio de muchos, inaugura la etapa moderna de los estudios arqueológicos en Chile. Esto llevó a recordar el período de empalme entre esta etapa y la de los pioneros (Uhle, Oyarzún y Latcham). Es poco conocido, por ejemplo, que Cornely fue un incansable recorredor de sitios arqueológicos y que su interés por la historia del arte lo condujo a hacer lo que, se considera, son las primeras observaciones iconográficas a partir de restos arqueológicos en nuestro medio; que María Bichón y Leopoldo Pizarro --definidos como un remanente de los jóvenes que se reunían con Oyarzún-- son vitales para entender la importancia del Museo Histórico Nacional para la investigación arqueológica de esos años; que el enfoque ecológico que trae Richard Schaedel, cuando es contratado por el CEA de la Universidad de Chile, provoca una reacción entre los investigadores locales (especialmente en Arica y La Serena); que el CEA trae no sólo a Schaedel y Osvaldo Menghin, sino también a Alfred Métraux y Paul Rivet, entre otros; que Grete Mostny y Jorge Iribarren aprenden con Junius Bird, pero que sólo el segundo realmente lo sigue; que Iribarren era un gran fomentador entre los jóvenes investigadores chilenos del trabajo de los arqueólogos argentinos; que por aquella época las investigaciones de Bird eran el modelo para la costa y las de Alberto Rex González (Intihuasi) el modelo para la sierra; que la primera excavación estratigráfica hecha por chilenos la hizo Jorge Silva en la costa; que las tesis de Lautaro Núñez e Inés Gómez, dirigidas por Mostny, fueron las primeras tesis de arqueología chilena; que Betty Meggers y Clifford Evans son los que estimulan la crítica de Montané y Núñez al trabajo de Edward Lanning; que el lenguaje descriptivista de la generación del 60 fue el producto de la influencia estadounidense vía Schaedel, Rex González y Luis Lumbreras (éste último debido a sus trabajos con arqueólogos de esa nacionalidad en Ayacucho); que la arqueología de los 60 se hizo en torno a los Núcleos de Arica, La Serena, Viña, CEA y Pedagógico; que el Núcleo del Pedagógico es el último que se genera (a fines de los 50) y que integran estudiantes de Historia de la Universidad de Chile (e.g., P. Núñez, L. Núñez, M. Rivera, G. Ampuero, J. Silva).

En fin, más allá de las anécdotas puntuales y, por cierto, parciales, están las palabras de algunos importantes exponentes de una generación que ha tomado consciencia de sí misma y que empieza a darnos el testimonio indispensable para entender la gestación de la arqueología chilena tal como la conocemos hoy en día. Estos actores están debiendo todavía un análisis contextualizado de la investigación arqueológica y del marco institucional y social en que ésta tuvo lugar durante los años 50 y 60. En esta línea, Montané confidenció que Ampuero y él ya habrían iniciado la redacción de una historia de la arqueología chilena.

En relación a la práctica de la arqueología (y entre otros muchos temas sobre este particular), Montané puso en evidencia algo en que muy pocos han reparado: en Chile, la investigación arqueológica ha producido una de las documentaciones más vastas y completas que existen en el orbe sobre adaptación de grupos humanos a la costa (cerca de 10.000 años a lo largo de un territorio de 4000 km). Lautaro Núñez, por su parte, enfatizó las carencias: se ha desperdiciado el formidable potencial del desierto como muestrario de todo lo que ha ocurrido en el mundo desde los primeros cazadores hasta el Capitalismo. Su gran utopía es un Museo del Hombre y el Desierto. En la misma vena, se lamentó también del virtual "silencio" de las investigaciones frente a temas tan propios de nuestro país como son la minería y la metalurgia. En una línea más instrumental, Montané hizo ver la necesidad de que se creen "litotecas" y "ceramotecas" donde se conserven colecciones de referencia sobre estas materias. Hidalgo, por su parte, sostuvo que el empirismo de la etapa positivista de los 60 y 70 llevó a que la meta del conocimiento fuese recuperar la vida económica, ignorándose, por ejemplo, el simbolismo. Lautaro Núñez acotó que el primer paso era vertebrar lo cronológico, cultural e histórico y en seguida, documentar la subsistencia; que el simbolismo era entonces muy difícil de abordar.

Es imprescindible agregar que la mujer en la prehistoria es otro de los "silencios" conspicuos de la arqueología chilena; que lo cronológico, cultural e histórico es aún un problema pendiente y a veces a un nivel todavía muy básico; y que lo simbólico ha comenzado a ser abordado en la arqueología chilena desde principios de los 80 (en sorprendente contemporaneidad con --e independencia de-- los nuevos desarrollos liderados por la Escuela de Cambridge) y probablemente será uno de los temas preponderantes en los 90. En su revisión de este Editorial, Núñez sugirió que la Sociedad edite los informes sobre detenidos desaparecidos producto del trabajo de arqueólogos, ya que de otra manera éste será otro de los conspicuos "silencios" de la arqueología chilena.

El tratamiento del tema de las relaciones transdisciplinarias recayó, esencialmente, en la articulación entre arqueología y etnohistoria. Leonardo León y Jorge Silva subrayaron la necesidad de generar ensambles entre las dos disciplinas, ya que sus cultores estudian un mismo proceso. Núñez planteó que el período entre 1400 y 1600 es un segmento de tiempo que debiera ser tratado en conjunto por arqueólogos, etnohistoriadores y etnólogos. Hidalgo dijo que, en origen, en la etnohistoria había un dominio de la idea de progreso, especialmente en historiadores clásicos como Medina. Este último (a quien considera el padre tanto de la Arqueología como de la Etnohistoria chilenas) era un tanto racista y en sus libros concibe lo indígena como un simple antecedente. Otros autores, como Jaime Eyzaguirre --prosigue Hidalgo-- asumen que los indígenas carecen de historia por el hecho de que no tuvieron estado o un sistema cohesivo. Es pertinente intercalar aquí lo señalado por Núñez en relación a que el Núcleo del Pedagógico se origina, precisamente, como una reacción de algunos alumnos de Historia contra el énfasis que se daba en las clases a Grecia y Roma, en desmedro de lo nativo, ya que toda la formación comenzaba con la antigüedad greco-romana, ignorando los estudios prehistóricos y las raíces americanas. El aporte que hace la Etnohistoria a la Arqueología chilena --según Hidalgo-- se basa en autores como Bente Bittman y John Murra; en la etapa empirista y positivista de los 60 todavía campean la aproximación tipológica, una confianza en el dato y un rechazo al documento etnohistórico. Las ideas de Murra, especialmente desde 1965 (año clave), recién cristalizan en Chile a comienzos de los 70, surgiendo entonces un creciente interés de los arqueólogos por lo étnico (Congreso Nacional de Arqueología Chilena, 1971).

Es visible que, al filo de los 70, se produce un cambio de "paradigma" en la arqueología chilena, si es que resulta permisible este uso laxo del concepto de Kuhn. El cánón descriptivista que se impuso en los 60, con su fe en la ecuación "tipología (también variabilidad estilística) = cronología", y su distanciamiento de lo étnico y de la analogía etnográfica, colapsa principalmente a través de la crítica al trabajo de Lanning y la valorización arqueológica de las ideas de Murra. Este cambio posibilita un tránsito --históricamente necesario, pero no siempre equilibra-

estereotipos sobre el arqueólogo que existen en nuestra sociedad. Aldunate apuntó a un cierto desprecio e incomodidad por parte de los científicos por las actividades de difusión. En ese sentido, destaca el esfuerzo hecho por Lautaro Núñez en sus libros de difusión sobre La Tirana y el Oasis de San Pedro de Atacama y propone multiplicar este género de publicaciones a lo largo de Chile, haciendo historias regionales. Esta idea es compatible en cierto modo con la planteada por León en otro momento de la reunión, en el sentido de bajar el perfil de las llamadas "historias globales", porque absorben la historia [¿local]. Jackson, por su parte, no cree mucho en la difusión a través de publicaciones (por lo difícil de concretarlas) y aboga por una difusión a nivel de comunidad vía charlas. Siguiendo el hilo de lo dicho por Jackson, Núñez considera vital vincular a la arqueología con las etnias aborígenes actuales y encuentra que hay que utilizar más a la TV en este aspecto, como lo prueban programas como "Al sur del mundo". Trayendo el tema del rol de los museos al debate, Núñez insistió en su idea sobre un Museo del Hombre y el Desierto y Montané echó de menos la existencia de un real Museo de Prehistoria. Montané fue muy crítico de los museos arqueológicos del país, especialmente porque no consideran en su diseño y contenido al público infantil. Sostuvo que la museografía chilena deja mucho que desear. En esta misma línea, Núñez afirma que hemos errado con los altos objetivos de los museos, porque recién ahora podemos colocar en práctica las estrategias museográficas de continuidad y cambio, a través de propuestas superiores a una mera "propaganda" del pasado. Hidalgo, por su parte, destaca la labor de los museos como conservadores del patrimonio arqueológico y sugiere hacer consciencia política acerca de la importancia de estas instituciones como divulgadoras de la historia nacional. Se pregunta: ¿Cuál es la información que deberíamos entregar en los museos? ¿Debería estar dirigida a las etnias y grupos locales o comunidades, a las empresas interesadas (por ejemplo, turísticas) o a la comunidad nacional? El manejo de esta información debería partir desde el presente hacia el pasado y estar enmarcada dentro de una filosofía de tolerancia frente a diferentes visiones del mundo.

Es posible que éste último punto sea uno de los más importantes para convertir las reflexiones del coloquio que reseñamos y de la próxima reunión de octubre en algo más que retórica. La intolerancia al "otro" es uno de los problemas más acuciantes y marcadores de nuestra época. Dado que —al parecer— nadie respeta lo que no conoce, la pregunta es: ¿de qué manera el conocimiento generado por la arqueología (los hallazgos y las interpretaciones ideadas por quienes la practican) puede pasar por sobre los clivajes de la sociedad chilena para transformar la aversión que sienten unos hacia otros en comprensión?

J.B.R.

UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE CS. SOCIALES
BIBLIOTECA